

dificaciones influyen las costumbres de los siglos. La Iglesia, que en todo tiempo es asistida por Jesucristo para conducir los cristianos por los caminos de salvacion, no hace mudanzas en la disciplina exterior sino con la asistencia de Dios; así que en todo siglo la disciplina de la Iglesia es la mejor que podríamos tener, según los tiempos y las circunstancias, para llegar á nuestro fin. Esto es ya muy bastante para escitarnos á estudiar en todas sus fases la disciplina eclesiástica y para que deseemos conocer con cuánta inteligencia ha sabido acomodarse á las necesidades de los países y de las edades.

En tercer lugar (y esta parte de la historia eclesiástica es mas universalmente para el uso de los lectores) la práctica de la moral cristiana por los personajes que diez y ocho siglos presentan á nuestra imitacion, tiene la doble ventaja de mostrarnos en los ejemplos de los Santos qué es en lo que consiste la sólida piedad y de echar por tierra nuestras malas excusas, probándonos que la perfeccion cristiana no es superior á nuestros esfuerzos, puesto que los Santos han sabido alcanzarla. Cuando leemos los libros de piedad antiguos y modernos, y aun el mismo Evangelio, asáltanos á las veces este pensamiento: «Bellas máximas son ciertamente; pero ¿son practicables?» Pues hé ahí la demostracion de que lo son: lo que realmente sucede es posible, y unos hombres pueden practicar con la gracia de Dios lo que ella ha hecho practicar á tantos Santos que tambien eran hombres y nada mas que hombres. Se verá á la ley de Moisés, tan superior como era á la filosofia humana, elevada á su perfeccion por la gracia de Jesucristo. Y para descender ya á algunos pormenores se verá á hombres verdaderamente humildes, despreciando los honores y la reputacion, contentos con pasar su vida en la obscuridad y menospreciados de los demas; á pobres voluntarios, renunciando á los medios legítimos de enriquecerse y aun despojándose de sus bienes para dárselos á los pobres. Se verá la mansedumbre, el perdón de las injurias, el amor á los enemigos, la paciencia victoriosa de los mas crueles tormentos, hasta la resignacion que acepta la muerte antes que

abandonar la verdad. Se verá la viudez, la perfecta continencia, la virginidad, desconocida hasta entonces, conservada por personas de uno y otro sexo, y á las veces hasta en el matrimonio. Se verá la frugalidad y sobriedad continuas, los frecuentes y rigurosos ayunos, las vigiliias y los cilicios, en una palabra, los medios todos de castigar el cuerpo y reducirle á servidumbre; y todas estas virtudes serán practicadas, no ya por unas cuantas personas superiores á las demas, sino por una infinita multitud. Por último, se verá á innumerables solitarios abandonarlo todo por vivir en los desiertos, no solo sin servir de gravámen á persona alguna, sino haciéndose útiles, hasta de una manera sensible, con las limosnas y curaciones milagrosas, ocupados únicamente en domar sus pasiones y unirse á Dios en cuanto es posible á hombres cargados de un cuerpo mortal.

Hasta ahora no hemos hecho mas que indicar la materia y ponderar la utilidad práctica de la Historia Eclesiástica; y á vista de lo que acabamos de decir, no es de estrañar que muchos hombres graves y piadosos hayan hecho de ella el objeto particular de sus trabajos.

A su ejemplo, nos ha parecido no poder nos entregar á un estudio mas útil ni mas interesante: mas útil, porque, como nunca repetiremos bastantemente, la Historia Eclesiástica tiene por objeto la fé, que ella nos muestra invariable desde el principio de la Iglesia hasta nuestros dias; la disciplina, cuyas modificaciones nos esplica; y las costumbres, cuyas reglas nos traza: mas interesante, porque ¿hay nada que sea tan á propósito para mover el corazon y elevar el espíritu? ¿hay algun otro estudio que presente preceptos mas sábios y ejemplos mas generosos? Bajo cualquier aspecto, pues, que se le mire, el conocimiento de la Historia Eclesiástica, de ese vasto y magestuoso cuadro en que están reunidos todos los hechos que atañen de una manera íntima á la Religion, es de una indispensable necesidad á los individuos de la tribu del Señor, y especialmente á los jóvenes levitas que se proponen llegar á ser los depositarios de la ciencia sagrada, los guardianes de la verdad y de las costumbres evan-

gélicas. Sin embargo, viendo que no se apreciaba bastante generalmente el partido que se puede sacar del conocimiento de la Historia de la Iglesia, y sobre todo, el interés que puede dar á las instrucciones populares catequísticas ó parroquiales, hemos pensado dar á luz el fruto de nuestros trabajos y nos ha parecido prestaríamos un verdadero servicio al clero, publicando una *Historia general de la Iglesia*, cuyo espíritu y distribucion vamos á manifestar.

Habíamos temido reproducir la obra de Fleury, tan á menudo inexacta y ademas demasiado estensa para los jóvenes levitas y para los simples fieles que desean instruirse perfectamente en su Religion; hemos preferido tomar por testo la obra de Berault-Bercastel, en la que se encuentra el conveniente desenvolvimiento de los sucesos. Empero no por habernos apropiado el fondo de la obra, hemos aceptado sus defectos; y así como habríamos espurgado en el Fleury las preocupaciones que tanto dominan en este autor, así tambien nada hemos perdonado para imprimir en las páginas que tomamos del Berault-Bercastel ese tono de imparcialidad y de moderacion de que jamás debe separarse la historia.

Esperamos pues llevar á feliz cima nuestra empresa aprovechándonos de las tareas de tantos autores que allanaron sucesivamente este camino; porque sus escritos ofrecen materiales prontos, dispuestos en gran parte y presentados con mas ó menos ventaja, y vemos hasta dónde llegaron felizmente y hasta dónde podían haber llegado. Nosotros partiremos desde dónde ellos quedaron; procuraremos evitar sus preocupaciones; investigaremos algunas veces las fuentes con mayor diligencia que ellos, y consultaremos algunos monumentos que despreciaron, ó que en su tiempo no estaban descubiertos; no confiaremos exclusivamente en este ó en aquel autor, solo el amor de la verdad será el norte que guiará constantemente nuestra pluma. Así ya en el término á que nuestros guías nos han conducido podremos recoger algunas verdades que con un paso mas hubieran ellos descubierto. ¡Plugiéase á Dios que solo tuviéramos que ordenar las materias y juntar lo que ya halla esparcido en una multitud de obras

que pocas personas pueden leer ni adquirir! No tendremos la menor dificultad en tomar de todos los autores lo que forma como el fondo y la sustancia de las cosas, en seguir su método y adoptar de ellos los pasajes mas interesantes y aun valernos de aquellas espresiones propias y exactas consagradas por el uso de los doctores santos y de los escritores mas fieles, con especialidad en materia de dogma, en que es tan peligroso innovar cosa alguna. Ningun lector sensato llevará á mal que en varias ocasiones nos esplicuemos como los historiadores que trataron antes que nosotros los mismos asuntos; pues muchas veces no hay mas que un solo modo de esplicar bien un pensamiento; y en estos casos queremos mas repetir las espresiones oportunas de los que nos han precedido que sustituir otras débiles ó impropias, como por una emulacion mal entendida lo hicieron muchos. Pensamos valernos de todas las obras antiguas y modernas que pueden concurrir á enriquecer la nuestra; porque no pretendemos la gloria de la invencion, y nos contentamos con dar, si es posible, á nuestra Historia un curso libre y fácil, y un estilo suave y natural. Así, al modo que reproduciremos, rectificándole y completándole, el resto de Berault-Bercastel, hasta que concluido tengamos que echarnos á volar con nuestras propias alas, así tambien nos apropiaremos las sabias *Disertaciones* de unos críticos como Marchetti, Muzzarelli etc. para dar á nuestra publicacion mayor interés.

Indudablemente nos separaríamos de nuestro objeto si quisiéramos decirlo todo, referir ó tocar todos los sucesos y contar una infinidad de hechos minuciosos y de poco momento. Y en verdad que no podemos seguir mejores modelos que los escritores inspirados. La Historia del Antiguo Testamento, que forma la parte primera de la Historia Eclesiástica considerada en toda su estension, los fastos del pueblo de Dios y todas las Divinas Escrituras nos enseñan lo que conviene ó no apreciar. Lo que es de mera curiosidad, lo que dice orden á miras humanas y á los intereses pasajeros y puramente terrenos, se trata del modo mas sucinto en aquellos divinos libros, hablándose solo de ello por la relacion

y conexiones que tiene con los objetos de un orden superior. Pero los escritores sagrados, tanto en la Historia de los Hebreos como en la lijera mencion que hacen de las demas naciones, se estienden con placer en todos los hechos y objetos religiosos, en los prodigios de la fé y de la virtud, y en todo lo que levanta y sublima nuestra alma hasta el Dios que se daba á conocer por unos órganos tan dignos. Asi es que en esta *Historia de la Iglesia* todo se encaminará á formar el corazon y á mejorar las costumbres. Por manera que los hechos no serán, por decirlo asi, mas que la corteza; y sin amontonar todos los de una misma naturaleza, escogeremos únicamente los mas propios para desenvolver é inculcar las verdades sólidas que deseamos establecer; evitando empero el tono de moralidad y la profusion de máximas y sentencias, haciendo pocas reflexiones y dejando campo al lector para que haga muchas: pues la Historia debe instruir por los hechos en cuya relacion consiste principalmente. El principio y los efectos de la autoridad de la Iglesia, las máximas de su gobierno, los diversos medios de santificar sus miembros, los admirables recursos con que la fortaleció el Espíritu Santo contra todos los esfuerzos que hace el infierno para romper su unidad y empañar su pureza, tales son los límites que nos prescribe la naturaleza de las cosas. Segun nuestro plan, la *Historia de la Iglesia* es en sustancia y en su conjunto la historia de su santa integridad y de las cualidades esenciales que debe conservar con esplendor y sin interrupcion hasta la consumacion de los siglos.

Partiendo de este punto, quedan desde luego decididas la eleccion y distribucion de los hechos y el fondo y forma de nuestra obra, y trazadas ó determinadas la union tan difícil de las materias y las transiciones mas principales. Nos limitaremos, pues, á los hechos sustanciales. Los que no lo sean, y mucho menos las materias extrañas y profanas, no tendrán lugar en este magestuoso conjunto. Esta conclusion práctica nos parece de tanta importancia que en los personajes que ocuparon oficios relativos al siglo y á la Religion, distinguiremos con la mayor escrupulosidad lo perteneciente á

uno y á otra; pues de ningun modo debe confundirse en un príncipe cristiano, lo que obró como príncipe con lo que hizo como cristiano; al modo que en ciertos prelados, por ejemplo, en los del imperio francés bajo la segunda dinastía, y en los de Alemania aun mucho tiempo despues, es menester guardarse de confundir lo que hicieron como señores temporales, ó como vasallos primeros del imperio, con los deberes y funciones propias del episcopado y del cristianismo. Asi conseguiremos no decir cosas inútiles y no omitir las necesarias. Deteroadas superfluidades y digresiones, ganaremos campo suficiente para tratar de un modo digno los sucesos interesantes á nuestro objeto, y sin asustar á nuestros lectores con un número crecido de volúmenes, podremos presentarles los grandes hechos bajo todos aspectos y con todas las circunstancias importantes, indicando los resortes ó el principio de las acciones, el orden y enlace de los designios, y los recursos y medios puestos en práctica para ejecutarlos. Tal es el uso que deseamos hacer de esa filosofía de que tanto alarde se hace hoy en la historia. De esta manera la narracion vendrá á ser rápida é interesante, por poco que la ejecucion corresponda al proyecto. Aunque no se escribiera sino un compendio muy sucinto, siempre se debería tratar de este modo lo que se creyese digno de tener lugar en él; porque la inobservancia de estas leyes es principalmente lo que hace áridos y pesados la mayor parte de los compendios y cuadros históricos, en donde se ven los hechos tan desnudos y tan en esqueleto que pierden la instruccion que podian proporcionar. Mas sea lo que fuere de los demas métodos, el que hemos elegido y cuyos caracteres principales acabamos de indicar, nos ha parecido tanto mas conveniente, cuanto mas persuadidos estamos de que no escribimos para los sábios, ni aun para personas entregadas á un estudio profundo y analítico. A estos no les parecerán largos ni pesados el Baronio y demas autores que han examinado á fondo algunos puntos particulares de la Historia Sagrada; y aun muchas veces juzgarán necesario beber sus conocimientos en las fuentes antiguas para no

incurrir en los errores á que se espone el que da entero crédito á un escritor, por grandes que sean su reputacion y su mérito. Sin embargo, no es la mas numerosa esta clase de lectores tan instruidos; y á nosotros solo nos mueve la utilidad del mayor número, de todos los que unen al espíritu del cristianismo alguna educacion y cultura, especialmente los eclesiásticos jóvenes y los sacerdotes demasiado ocupados en las funciones públicas de su estado para poder dedicarse mucho tiempo á la lectura de la Historia. Quizás estos leerán una sola vez cualquiera historia dilatada y profunda, atendiendo á lo mucho que importa conocer bien la Iglesia en cuyo servicio trabajan con tanto afán; mas para sacar alguna utilidad con tal lectura, es necesario familiarizarse con este género de conocimientos, y no contentarse con la tintura imperfecta que deja una leccion rápida, interrumpida muchas veces y llevada á cabo con harta dificultad y trabajo.

Para mayor claridad y mas fácil inteligencia, dividiremos nuestra materia, es decir, toda la duracion de la Iglesia desde su establecimiento hasta nuestros dias, en cuatro partes ó edades. La primera abrazará la historia de la primitiva Iglesia con los tiempos inmediatos desde su institucion hasta el siglo vi inclusive; la segunda comprenderá los cinco siglos siguientes; en la tercera entrarán los siglos xii, xiii y xiv; y finalmente, la cuarta abrazará los siglos siguientes hasta el presente en que vivimos. Con esta division acontece lo propio que con todas las cosas morales, cuyo objeto y circunstancias carecen de límites fijos. En una tan dilatada sucesion de tiempos por necesidad ha de andar mezclado el fervor con la relajacion, las tinieblas con la luz, la corrupcion con la reforma, y la observancia humilde y sincera con el hipócrita rigorismo: pero de fé es que aun en los tiempos de mayores borrascas nunca llegó la Iglesia á tal oprobio y oscuridad que fuese interrumpido su ministerio esencial de edificacion é instruccion.

Pasemos ya á examinar cada una de estas edades, y presentemos el germen de las sanas ideas que intentamos deducir de la narracion de los hechos comprendidos en esas cuatro épocas.

En primer lugar nos ha parecido que nuestra Historia debe principiarse desde el descendimiento del Espíritu Santo sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, que puede mirarse como la cuna de la Iglesia; porque aun cuando se fijara su principio en el nacimiento de su Divino Fundador, como el Evangelio nos enseña todo lo perteneciente á la vida mortal de este Hombre-Dios, no hay cristiano que no pueda acudir á esta sagrada fuente. No sucede lo mismo con los trabajos apostólicos de los primeros discípulos del Hijo de Dios, ni con los de los operarios que se les reunieron: parte de su historia la refieren los Hechos de los Apóstoles; mas estos monumentos, aunque indudablemente tan infalibles y divinamente inspirados como el mismo Evangelio, callan muchos sucesos que no entraban en el plan del historiador sagrado, pero que no carecen de interés y de sólido fundamento. Por otra parte, considerando estos primeros siglos como la base de la Religion y de la piedad, como lo son incontestablemente, recogeremos con religioso cuidado los tesoros esparcidos en todos los antiguos monumentos; pero no amontonaremos tantas riquezas sin escepcion y discernimiento. No se trata de hacer particular mencion y menos aun un análisis de esa multitud de escritos tan voluminosos ya desde los primeros siglos. ¿Quién podría llevar á cabo esta empresa, no solo en una historia compendiosa, pero ni en el plan mas vasto y mejor desempeñado? Asi, pues, sin omitir en cada género lo esencial para llegar á nuestro fin, procuraremos evitar la escésiva redundancia que haciéndonos alejar de nuestro objeto ocasionaria confusion y tédio.

Haciendo ahora aplicacion de este principio general á una especie particular, por ejemplo, á las Actas de los mártires, es bien advertir, que sin pasar en silencio los prodigios de constancia que tanto contribuyeron al establecimiento del cristianismo y que son una de las mas brillantes pruebas de su divinidad, no intentaremos agotar la materia. Porque ¿cómo habríamos de bosquejar todos los combates de los primeros predicadores del Evangelio y de sus dignos sucesores, de aquella multitud de testigos generosos que sellaron

la verdad con su propia sangre, dándole de este modo la mayor energía, sino en un cuadro dedicado á este solo objeto y bastante capaz para señalar á cada uno de aquellos héroes el lugar á que se hizo acreedor? Seria escribir la historia particular de los mártires, mas bien que la *Historia general de la Iglesia*, el enumerar todos sus trabajos y todos sus tormentos, con los interrogatorios y respuestas copiadadas estensamente; seria esponerse á disgustar á una multitud de lectores desde el principio de una carrera tan prolija. Procuraremos no obstante satisfacer los piadosos deseos de los fieles, suministrándoles abundante materia de edificacion, extrayendo de las actas originales cuanto el afecto y la piedad puedan desear; y aun para satisfacer su curiosidad en un objeto tan santo, como es la causa de los primeros defensores del cristianismo, presentaremos la traduccion literal de un número considerable de estas actas y los pasages mas notables de todas.

Haremos lo mismo con los reglamentos de los primeros Pastores, con los cánones de los Concilios, y con las obras de los Padres. Todo es infinitamente precioso en los monumentos de los primeros siglos de la Iglesia; estos escritos inestimables componen verdaderamente una parte y acaso la mas principal de su historia, pues en ellos se hallan consignadas sus leyes fundamentales y el primado del Papa aparece con toda su plenitud de honor y de jurisdiccion, con harto pesar y despecho de los hereges que en vano han pretendido ponerle en duda y sepultarle en el olvido.

Pero persuadidos de que en ninguna cosa se debe temer tanto el exceso como en las mas escelentes por su naturaleza, seremos tambien sóbrios en esta parte, con tanta mayor razón quanto que para adquirir la verdadera ciencia de los Padres y de los Concilios, no hay mejor medio que subir siempre á las fuentes; y porque la presuncion, que en este género inspiran los extractos y análisis, es mas peligrosa que en ningun otro. Asi, pues, uniremos al cuerpo de la Historia todo lo que conviene extracar de los Padres, Concilios y demas monumentos de esta clase, en vez de presen-

tar á cada paso retazos sueltos de erudicion, y pondremos particular cuidado en discernir, analizar y compendiar lo mas oportuno y de no acumular los documentos de un mismo género; dando en cuanto podamos un aspecto agradable á esta parte doctrinal de nuestra obra. De este modo podremos reducir á sus justos limites la coleccion de tantas preciosidades.

Seremos todavia mas concisos en la segunda época, sin embargo que comprende cinco siglos, contando esclusivamente desde el sexto que es el último de la primera edad de la Iglesia. ¿Qué bienes reportaria el que nos detuviésemos en muchos espacios tenebrosos, como hacen algunos escritores que con su proligidad y afectadas repeticiones al tratar de esta época, escitan en los espíritus débiles ideas poco favorables á la Iglesia, y dejan en la mayor parte de los lectores verdaderas tentaciones que combatir? Cuando esto se considera, no puede uno menos de deplorar que estos autores hayan cargado con tantas sombras la pintura de esta edad; porque si este tiempo es nebuloso lo es solo en comparacion, como repetiremos mil veces, con los siglos mas felices; pues en él la Esposa de Jesucristo fué alumbrada y dirigida del mismo modo por el Espíritu Santo, que en los dias mas serenos y brillantes. Diremos mas: en medio de esas tinieblas, se deja ver en cierto modo con mas esplendor la asistencia Divina; lo cual demostraremos siempre que tengamos ocasion, sin faltar no obstante en parte alguna á la sinceridad que pide la historia. No ignoramos que esta no es un panegírico, y que no venimos á hacer el elogio de la Iglesia, aunque en todas sus partes sea digna de él, ni tampoco el de los hombres grandes, ó santos personajes mas beneméritos, en quienes se hallan siempre mezcladas con los dones perfectos del Altísimo algunas debilidades de la humanidad. No desfiguraremos con lisonjas los retratos de los primeros príncipes que la fe se gloria de haber atraído á sus banderas, y mucho menos el de sus favoritos ó aduladores; antes bien presentaremos á los ojos del lector la monstruosa amalgama de las ideas de Religion y de prácticas piadosas algunas veces con la ambicion romana, con la ferocidad

de las naciones septentrionales, y con la corrupcion, perfidia é hipocresía sacrilega de los griegos. Desde la invasion de los bárbaros, y especialmente de los musulmanes, durante los muchos siglos en que tuvieron en opresion á regiones enteras pobladas de cristianos, la instruccion y el culto padecieron mucho; y la elocuencia sagrada se resintió al cabo de la barbárie de los que dominaban. Los reinados brillantes de algunos príncipes cristianos, como Cárlo Magno, restituyeron su honor á las ciencias, ó á lo menos á su estudio; de modo que su brillo, comparado con las tinieblas que reinaban en todas las demas partes, formaba un contraste singular. Pero la potestad de algunos prelados y la parte honrosa que se les concedió en el gobierno feudal, en el mismo centro de las mas florecientes naciones cristianas, arrastró á muchos, á pesar de las reclamaciones del mayor número, á la disipacion del siglo y al tumulto de la córte. Tenian súbditos, y habian de gobernarlos y defenderlos; tenian una parte considerable de las fuerzas del imperio, y procuraban que reinase en proporción de su poder la seguridad y la justicia: querian brillar en las tumultuosas y soberbias asambleas; sostenian las resoluciones que se tomaban en ellas, y se encargaban de hacerlas ejecutar con la fuerza en caso necesario; corrian en fin á la guerra ó enviaban á ella sus vasallos; y ¡cuánto trastorno nacia de aqui en el ministerio santo! ¡cuánta negligencia en muchos de las ciencias sacerdotales y de las funciones modestas y pacíficas del clero! Estos son los abusos que pondremos en claro en cuanto lo exijan la verdad y libertad de la historia: no disimularemos la grandeza de un mal capaz de conmover á toda alma sensible por los verdaderos intereses de la Religion; pero este mal, que acusa la debilidad del hombre, no debe atribuirse al sacerdocio ni á la Iglesia. Como escribimos la historia de esta y no la de la malicia y debilidad humana, nos estenderemos en este último artículo, únicamente con el objeto de hacer mas palpable el milagro de la propagacion y conservacion de la obra de Dios, á pesar de todos los asaltos del mundo y del infierno.

Los hombres de la tercera edad, como los de las dos primeras, habian pecado en Adán, y en esta edad lo mismo que en los tiempos que la precedieron ó siguieron, hubo en la Iglesia buenos y malos. Debe notarse sin embargo, como lo haremos ver cada vez que se presente la ocasion, que la enseñanza pública jamás se alteró sobre articulo alguno de la ley Divina, ni de la disciplina establecida sobre el Evangelio. En vez de poder citar alguna decision canónica y general en favor de la corrupcion, notamos por el contrario, hasta en los tiempos mas calamitosos, que la multitud de los pastores y los verdaderos fieles no dejaron de reclamar la observacion de los sagrados cánones, respetados siempre por todos y practicados por la mayor parte de ellos.

Pero asi como los vicios varían segun las diferentes inclinaciones de los hombres y segun su educacion, asi tambien segun esta educacion y estas costumbres se van modificando, ha de irse modificando en su forma hasta la misma reparacion de los escándalos á que dan lugar los vicios que de esa educacion é inclinaciones traen su origen. Con la mudanza de costumbres y con las ideas y hábitos nuevas, habian dejado de observarse las penitencias canónicas; pero á estos medios de reparacion ya abandonados sustituyó la sabiduría y prudencia de la Iglesia nuevos medios que estaban indicados por las circunstancias y que por lo mismo habian de ser mas eficaces. Madre inteligente y atenta supo utilizar para el bien espiritual de sus hijos los acontecimientos ocurridos en los siglos xii, xiii, y xiv.

En la época de las cruzadas que tan venturoso como incontestable influjo ejercieron en la civilizacion de la Europa; en esa época en que la generosidad cristiana quiso reprimir á los bárbaros usurpadores que lo mismo hollaban las leyes de la equidad natural que las del cristianismo, todo se hizo guerrero en el seno pacífico de la Esposa de Jesucristo. Dueños del Asia y del Africa los sectarios de Mahoma, habrian invadido la Europa é intentado entronizar el islamismo en el centro de la cristiandad. Para prevenir pues sus irrupciones formaron los Papas el gran proyecto de irles á